

“EL COLONIALISMO”

Hugo D. Ruda

“El mundo tal como es no necesita la poesía, pero tal como es, es decir, insoportable”.

Comienzo con una cita tomada del libro “La poesía como crítica del sentido” de Henri Meschonnic, para introducir a un escritor, lingüista y traductor francés que subvirtió la teoría positivista de la traducción a partir de su trabajo con la Biblia hebrea. Al plantear que no hay en ella ni prosa ni poesía, sino canto, rompe con la política del signo, destituye la métrica y promueve el ritmo, proponiéndonos de ese modo un modo de encarar el discurso que nos va a guiar en nuestra exposición.

El disparador desde el que he decidido abordar el tema ha sido una referencia de Lacan de la clase del 18 de febrero de 1970 del Seminario “El reverso del psicoanálisis”. Cuenta allí que después de la guerra tomó en análisis a tres médicos oriundos de Togo (colonia francesa). Dice: “Yo no pude encontrar en sus análisis huellas de los usos y creencias tribales, que no habían olvidado, que conocían, pero desde el punto de vista de la etnografía... su inconciente funcionaba según las buenas reglas del Edipo. Era el inconciente que se les había vendido al mismo tiempo que las leyes de la colonización, forma exótica, regresiva del discurso del Amo, aspecto del capitalismo que se llamó imperialismo. En nombre de la ciencia se les había expropiado su infancia”.

Lacan hace notar que es la ciencia, la etnografía, la que tomó el relevo de los recuerdos de infancia, siendo ella la encargada de realizar el ideal colonialista, consistente en este caso no sólo ni necesariamente en la ocupación territorial ni en la apropiación del producto del trabajo del colonizado, sino en conquistar la posición de transformar su propio ideal, el del colonizador, en ideal de todos, dejando para aquellos que no participan de él la condición de “salvaje”.

Voy a intentar comentar este párrafo de Lacan y agregar algunos ejemplos tanto de mi clínica como de acontecimientos conocidos por todos, partiendo de la premisa que no hay temas psicoanalíticos, sino escucha psicoanalítica, lo que implica que entre las condiciones de un análisis en intensión y la presencia de un analista fuera del dispositivo analítico existe, acto mediante, una lógica que se especifica por eludir las condiciones binarias propias del algoritmo científico con su política del signo por la cual el conocimiento se divide en unidades mínimas y opera por pares antitéticos. Sujeto-objeto, individuo-sociedad, poesía –prosa, escritura-oralidad, racional-emotivo, civilización-barbarie. Sus pequeñas unidades: palabra, fonema, significante-significado, semantema, mitema, etc.

Contrariamente, la lógica que preside la posición psicoanalítica surge de la escucha de un discurso en continuidad, de modo de poder captar sus escansiones, su ritmo, como dice Henri Meschonnic su sabor (taam), sus puntuaciones, sus rupturas, etc.

Desde esta perspectiva el discurso al perder sus teorizaciones semiotizantes, puede abordar al sujeto en relación a lo colectivo en tanto es allí donde se implican el cuerpo, sus goces, su deseo y su misma indeterminación, no como una especialidad de las “ciencias humanas”, sino como el lugar constituyente de la experiencia del sujeto en su devenir ético, poético y político. Dirá Meschonnic: “No habrá lugar allí para que las palabras se comenten a sí mismas. Esa circularidad donde la tontería desde el principio, triunfa y concluye”.

Tomaré “la realidad” como un texto a interpretar, aún en condiciones diferentes a como se le ofrece al análisis el texto de un analizante en transferencia.

Volviendo a nuestros doctores-analizantes de Togo, diría que Lacan sitúa el colonialismo no sólo desde una perspectiva social y política, sino clínica, lo que le permite advertir que en el colonialismo se trata de una obediencia inadvertida de la que resultan capaces nuestras categorías mentales.

Es este aspecto, el de la obediencia, surge lo que me interroga, dado el contexto colonial en el que se desarrolla nuestra práctica tanto desde el punto de vista social, político y clínico. Me refiero a la adherencia a aquellos significantes que coagulan al sujeto y de los cuales la palabra proferida en un análisis debe librarlo.

Si el inconciente está estructurado como un lenguaje y se ordena en discurso en un análisis, es a este discurso y a sus condiciones de producción a las que me quiero referir. Sacaré provecho de la distinción entre lenguaje y discurso. Para ello pondremos del lado del lenguaje las categorías tradicionales de la lingüística, semántica, sintaxis, retórica, dialéctica, metáfora, metonimia, etc.

Del lado del discurso el ritmo, caracterizado por Meschonnic como “la organización continua del lenguaje por un sujeto, de tal manera que esta organización transforma las reglas de juego por la parte que él juega y que es el único en jugar. De ese modo sólo hay travesía del sujeto, cuando un lenguaje entero es Yo. La voz restablece la corporalidad, la gestualidad en el modo de significar. El discurso ya no es allí una elección de la lengua ni operadores lógicos, sino la actividad de un hombre que realmente está hablando”. Para Heráclito el ritmo consistía en la organización de lo que está en movimiento opuesto a estructura, que organiza lo inmóvil.

En nuestro caso me importa, como siempre, la posición del analista. Preguntarme ¿qué le permitió a Lacan no quedarse escuchando cómodamente en un discurso “las buenas reglas del Edipo”? Hay allí mucho más para pensar que en su genialidad. Hay una posición política que en primer lugar es la del analista capaz de poner su saber en el banquillo. En una palabra debe estar él mismo dotado de una escucha no colonizada, emancipada. Por supuesto que así como no hay analista todo el tiempo, tampoco la emancipación es un estado del alma, que algunos tienen y otros no. A este analista, capaz de interrogar permanentemente su saber, me gustaría llamarlo como lo hace Jacques Nassif el “analista implicado”. Al otro, coagulado en su saber referencial, tomado como “lo que es”, me gustaría llamarlo el “analista colonizado”.

Esta cuestión de la colonización se diferencia de las operaciones de alienación-separación propias de la constitución del sujeto por las características que adopta el Otro. Tal como se nos explicó en la mesa inaugural de este congreso respecto del capital financiero y su modo de parasitar el pensamiento del sujeto de nuestra época construyéndole sus ideales de “felicidad y progreso”, ese Otro sólo goza a ese sujeto devenido en mero objeto en una operación de acumulación voraz.

Propongo que para quien se ofrece para ocupar el lugar del analista, estar advertido de estos fenómenos del colonialismo es fundamental. En particular de aquellos que pueden afectar nuestra manera de situarnos frente a la doctrina psicoanalítica misma, deviniendo ella misma en productora de un saber ya sabido, tomado como el único saber posible, al que estamos aburridamente acostumbrados, más de lo que quisiéramos.

Voy a pasar a relatar algunos recortes tomados de diferentes discursos que me van a ser necesarios para acortar camino.

Hace varios años me consultó un señor, recién casado con una bella y enamorada mujer, médica, quien como consecuencia de una rencilla producto de suponer que él había estado con una prostituta, se niega a tener relaciones sexuales prácticamente desde

la luna de miel. No obstante está empeñada en tener un hijo con su esposo por medio de una fertilización in vitro, realizada con espermatozoides de su marido. Este se presta y así realizan varios intentos fallidos. Al poco tiempo, el paciente tuvo un accidente mortal realizando un deporte que, si bien es de alto riesgo, él se consideraba un experto. Luego de muerto, la ciencia tiene éxito y nace un varón. El milagro de la santa concepción de la Virgen María fue posible gracias a la Ciencia. Un año después la madre-virgen muere en un accidente automovilístico conduciendo en estado de ebriedad.

Por razones esta vez ligadas a la ciencia económica, a la ministra de trabajo de Italia se le quiebra la voz mientras informaba públicamente unos recortes en los haberes jubilatorios, en el preciso momento de decir que con ello se rompía la ligadura entre generaciones. El Gerente-Presidente, Monti continuó sin que le tiemble la voz. Seguramente no hubo ningún analista que le hiciera escuchar a la ministra ese quiebre, gracias a lo cual pudo seguir en su cargo convencida de estar hablando de irrefutables cuestiones de números.

El año pasado durante una manifestación en Tel-Aviv una multitud gritaba “para el gobierno sólo somos un número”. ¿Habrán estado advertidos aquellos descendientes de abuelos portadores del oprobioso número que los nazis tatuaron en sus brazos, las resonancias de las que ese grito era portador?

En la capital del imperio del número, los “indignados” de Wall Street se nombraron “somos el 99%”, dando muestras que hasta para indignarse no pueden dejar de pensarse más que como porcentajes de un Todo.

Una cuestión de obediencia. En la biografía de “la joven homosexual” de Freud hay aclaraciones de las que nos enteramos al publicarse la biografía de la paciente, que ponen el tema de la obediencia nuevamente sobre el tapete. El padre de la joven que había amasado una gran fortuna quería ser reconocido por la sociedad aristocrática de su época (igual que Freud por los gentiles universitarios). Como su origen judío se lo impedía (Igual creía Freud), un casamiento “conveniente” de su hija se lo podía habilitar. Por supuesto que la cocote no entraba en esos planes. El sueño de engaño, que la joven trama con su amante en un bar de la esquina de la calle en donde se encontraba su mismo consultorio, le hubiera podido servir a Freud como interpretación de la posición que hacía imposible su escucha. Tampoco hubo un analista que lo pudiera advertir respecto de lo que los clásicos llamaban “sus puntos ciegos”. Y Lacan todavía no había dicho que las resistencias son del analista.

En oposición a estos discursos, el presidente de Bolivia Evo Morales al referirse a la experiencia política por la que está pasando Latinoamérica se negó a usar la palabra -

socialismo- para decir que se trata de lo innumerable de una situación inédita. En la misma línea, en oposición al concepto tecnocrático de “gestión” el vicepresidente García Linera definió la política como “el sentimiento de tensión que nunca cesa, el estremecimiento abismal de que siempre hay algo que elegir entre fuerzas contrapuestas y que esa inconclusión dramática es finalmente la que preside las grandes construcciones históricas”.

En cierta sintonía con lo de Linares, Lacan después de decirnos que renuncie quien no tenga en su horizonte la subjetividad de su época.... Agrega que “el analista debe saber de su función de intérprete en la discordia de los lenguajes. Pues, ¿Cómo podría hacer de su vida el eje de tantas vidas quien no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico?” Subrayo “discordia de los lenguajes”.

Parece que hemos dado vuelta el sentido del título de nuestro congreso. Estamos interrogando las incidencias de lo social, de lo político y de lo clínico en el momento del acto analítico. Asimismo hemos sido llevados a interrogarnos una vez más por el saber del analista y por su formación, lo cual a su vez nos obliga a preguntarnos por nuestro trabajo de escuela, por nuestro trabajo institucional, por lo que a veces se llama un poco vagamente transferencia de trabajo y finalmente por la comunidad de experiencia, que en otras oportunidades nos ha gustado llamar con Blanchot “la comunidad de los que no tienen comunidad”.

Precisamente es Maurice Blanchot quien nos propone una versión de la transferencia que tiene por lo menos la utilidad de no caer en la oposición binaria individuo-sociedad. Dice: “El habla analítica se sustenta en la posibilidad que tiene la palabra de viajar a través de los cuerpos y los tiempos, capacidad de diseminación entre hablantes, que Freud llamó transferencia”.

Volviendo a nuestras escuelas nos preguntamos qué lugar ocupa en ellas, la obediencia como factor de cohesión institucional. Por supuesto que dicha obediencia no tiene por qué ser especialmente a una persona, puede serlo como vimos, a los paradigmas de una teoría que no se interroga. Imperio de lo que Lacan llama en L’Etouit, el thombreo (uniendo teoría y hombre) tributario del para todos, precursor como dice allí de la idea de raza, cultor de los universales e imposibilitador de cualquier singularidad que sea invención.

Primo Levi al describir la aburrida y resignada obediencia de los soldados del lager, los llamó “el producto de una escuela”.

Pensamos la comunidad de experiencia como un instrumento político para buscar una salida “a la universalización del sujeto de la ciencia, del fenómeno fundamental cuya

erupción puso en evidencia el campo de concentración, quien no ve en el nazismo sólo el papel de un reactivo precursor”.

Ya desde el título, este congreso rompe con la división abstracta entre lo social y lo político, interrogando la política de los analistas al respecto.

Esto impone una decisión. O el psicoanálisis intenta situarse en el concierto de las ciencias con su cara más semiotizante u opta como nos propone Lacan en L’Insu por apostar a producir un despertar ligado a los efectos de verdad que una interpretación porta por ser poética, es decir por ser capaz de afectar los cuerpos. Esto no significa tirar por la ventana ningún aspecto fundamental de la obra de nuestros maestros, sino volver a hacer, como Lacan hizo su jardín a la francesa, nuestro propio jardín para sostener la vitalidad del psicoanálisis. Y eso será así si nosotros, los analistas-analizantes, podemos estar a la altura de las encrucijadas que nuestra época nos plantean.

hugoruda@gmail.com

EPLa